

Lecturas escolares de *Platero y yo* en la historia de la educación española (1930-1970)

The scholastic readings of *Platero and I* in the history of Spanish education (1930-1970)

J. Carlos González-Faraco

<http://orcid.org/0000-0003-2004-7706>

Universidad de Huelva

Heliodoro-Manuel Pérez-Moreno

<http://orcid.org/0000-0001-9291-8887>

Universidad de Huelva

Antonio Ramírez-Almanza

<http://orcid.org/0000-0002-4768-1742>

Fundación Zenobia y Juan Ramón Jiménez (Moguer, Huelva)

Fecha de recepción:

27/03/2017

Fecha de aceptación:

15/06/2017

ISSN: 1885-446 X

ISSNe: 2254-9099

Palabras clave

Materiales de lectura; libros escolares; literatura española; educación literaria; *Platero y yo*; Juan Ramón Jiménez.

Keywords

Reading Materials; Textbooks; Spanish Literature; Literary Education; *Platero y yo*; Juan Ramón Jiménez.

Correspondencia:

faraco@uhu.es
heliodoro.perez@dedu.uhu.es
a.r.almanza@hotmail.com

Resumen

Los primeros contactos con la literatura, las primeras experiencias lectoras tienen lugar en la escuela, fundamentalmente con libros escolares. De hecho, para la mayoría, durante buena parte del siglo XX, estas lecturas fueron probablemente las principales lecturas de su vida y la primordial fuente de su educación literaria. Y tal vez representaron las únicas ocasiones en las que se relacionó con los clásicos. En este artículo se estudia precisamente la lectura de que ha sido objeto uno de ellos, *Platero y yo*, en un periodo concreto de la historia de la educación española (1930-1970). Mediante la revisión de una amplia y variada muestra de manuales escolares, se pretende, en primer lugar, describir la presencia de *Platero y yo*, y de Juan Ramón Jiménez, su autor, en los libros de lectura, de lengua y literatura de educación primaria y secundaria en ese periodo histórico. A continuación, se analiza el proceso de conversión de esta obra literaria en lectura educativa, mediante un conjunto de procedimientos de traducción pedagógica, en los que juegan su papel razones tecnológicas y científicas, pero también culturales e ideológicas. Finalmente se apuntan algunas de las repercusiones de este proceso en la imagen de la obra y en la relación de los lectores con el texto.

Abstract

The first contacts with literature and the first reading experiences, take place in school, mainly in the form of school textbooks. In fact, for the majority, during most of the twentieth century, these school books were probably the principal readings of their life and the foundational source of their literary education. Indeed, perhaps their reading of these texts represented the only occasion in which they were exposed to the classics. In this article we focus on the renderings of one of them, *Platero y yo* (*Platero and I*), during a specific period in the history of Spanish education (1930-1970). Through the review of a wide and varied sample of school textbooks, we first intend to describe for this historical period the presence of *Platero* and Juan Ramón Jiménez in reading books and language and literature books in both primary and secondary education. Next, we analyze the process by which this literary work was transformed into an educational text, drawing upon a set of pedagogical translation procedures, in which technological and scientific, but also cultural and ideological factors play their part. Finally, some of the repercussions of this process on the image of the work and on the relationship of the readers with the text are suggested.

González-Faraco, J. C., Pérez-Moreno, H. M., & Ramírez-Almanza, A. (2017). Lecturas escolares de *Platero y yo* en la historia de la educación española (1930-1970). *Ocnos*, 16 (2), 75-84.

doi: http://dx.doi.org/10.18239/ocnos_2017.16.2.1335

Introducción

Platero y yo, además de ser, tras el *Quijote*, la obra literaria en español más editada de todos los tiempos, ha sido también, casi desde su misma aparición, una de las más escolarizadas, por lo que el estudio de su historia escolar puede ser extraordinariamente sugestivo. Sin embargo, las primeras experiencias lectoras se suelen tener, más que con libros completos, con libros escolares en los que los textos de las obras aparecen fragmentariamente. Dado que nuestro interés teórico se centra en las representaciones pedagógicas, es decir, en las lecturas educativas de la obra literaria creativa, puede, por ello, resultar de gran provecho indagar sobre el tratamiento de que ha sido objeto *Platero y yo* en los manuales de lectura y en los libros de lengua y literatura, aun contando con las limitaciones de estas fuentes.

Con su conocimiento y análisis pretendemos responder, en primer término, a preguntas como éstas: ¿qué clase de *Platero* es el *Platero* que habita los libros escolares? ¿qué *Platero* es el *Platero* que ha ido a la escuela? Y, en segundo término, a esta otra significativamente más compleja: ¿qué sucede cuando una obra creativa, que el autor concibió y compuso quién sabe con qué motivación y con qué destino, se vuelve parte de un manual escolar, es decir, se ve arrancada y desgajada de su tierra nativa, trasplantada a otro suelo, y finalmente sometida a una lógica (pedagógica) que le es extraña, quedando por fin escolarizada?

En este artículo no pretendemos responder plena y cabalmente a esos interrogantes. Presentamos en él un mero avance, aunque ya revelador, de la historia escolar de este libro, tomando como referencia temporal el periodo que va desde su publicación hasta la reforma promovida por la Ley General de Educación, aunque con preferencia, dado el material disponible, desde 1930 a 1970. Sin embargo, antes de presentar las claves teóricas y metodológicas generales, y comentar finalmente los resultados de nuestro análisis, recrearemos brevemente el contexto del origen y primeros compases de la obra, pues

de esa edición príncipe y de cómo surgió, parte su inesperada y pródiga escolarización.

Platero, libro escolar

Platero, nada más aparecer, fue considerado y, lo que es más drástico aún, catalogado, como libro para niños y, en cierto modo, como libro escolar, llegando a ser un texto empleado habitualmente para la enseñanza de la lectura a partir de los años veinte en las escuelas españolas y sucesivamente en las de todo el mundo hispanohablante. Para cubrir esa demanda, se irían publicando muchísimas, casi incontables, ediciones adaptadas (Navarrete, 2017), pero si hay una edición para niños por antonomasia, de la que parte la historia escolar de este libro, esa fue la primera. *Platero y yo* vio la luz el 12 de diciembre de 1914 en la editorial La Lectura. El mismo día, sin embargo, y a espaldas del poeta, el editor publicó otra edición, con contenido idéntico pero más barata, bajo el epígrafe de *El Libro Escolar*. Así pues, desde su mismo nacimiento, *Platero* se vio explícitamente asociado con la escuela y la infancia.

Al verse arrastrado hacia el impreciso ámbito de lo literario-infantil o al no menos impreciso de lo educativo, *Platero* ha ganado y ha padecido lo suyo. Siempre que una obra creativa se ve expuesta a la mirada pedagógica (sobre todo cuando se la somete a una disciplina académica, o se le adjudica una función didáctica, moral, política, educativa en suma), puede ganar en audiencia y en influencia, pero también puede desnaturalizarse. Jorge Urrutia (1997, p. 7) dice que *Platero* es una de las “obras peor leídas en la moderna literatura española, probablemente debido a su propia popularidad”, y a haber quedado clasificada como libro de literatura infantil. En cierto modo, una obra literaria menor.

Naturalmente, ni *Platero* fue escrito exclusivamente para los niños, ni estaba acabado para su publicación cuando el editor le pidió al poeta un manuscrito para su Biblioteca de Juventud. No obstante, el primer *Platero* fue en realidad

un *Platero* para niños, adaptado para ellos por el propio Juan Ramón Jiménez. Y no se trató de una adaptación menor: el poeta seleccionó 63 capítulos que, por su contenido, podrían ser los más aptos para la infancia. No es, pues, de extrañar que *Platero*, este *Platero*, el único *Platero* conocido por el público hasta ese momento, fuera visto por la mayor parte de sus lectores como una obra de literatura infantil. Tampoco es de extrañar que Juan Ramón Jiménez, sospechando que su obra podía verse encasillada como tal, advirtiera más de una vez que *Platero* no había sido escrito para un grupo lector tan concreto; por ejemplo, en el prólogo de esa primera edición (1914) o en el de *Poesía en prosa y verso (1902-1932) escojida¹ para los niños* por Zenobia, su mujer (1932). Para Juan Ramón no hay libros específicamente para niños, así que cualquiera (salvo excepciones evidentes) puede serlo. No importa que el niño no comprenda en toda su profundidad y en su totalidad un texto: baste que “se contajie del acento” (Jiménez, 1932, pp. 8-9).

En todo caso conviene recordar que, más que ediciones completas, adaptadas o no, las lecturas escolares de los clásicos suelen utilizar capítulos o trozos de esas obras, incluidos en libros de texto y transformados en tarea escolar por los maestros y profesores. De aquellos en los que está presente *Platero y yo* se ocupa nuestro programa de investigación, del que lo que sigue es una primicia.

Platero en la cultura escolar española: acotaciones teóricas y metodológicas

En un clarificador trabajo sobre la escolarización moderna, Inés Dussel (2013) da un repaso a una serie de conceptos bien conocidos y de probada utilidad para comprender los procesos de construcción de la escuela contemporánea. De ellos el que quizás ha alcanzado una más amplia aceptación es el de cultura escolar, que contiene en sí mismo cualidades como la multiplicidad y la impredecibilidad. En efecto, la cultura de la escuela es el resultado de una combinatoria de normas y prácticas que confluyen y pueden entrar en colisión en un ámbito coti-

diano y singular: el de la experiencia social y cultural en una determinada institución educativa. Lo cual, además de invitarnos a recelar de la retórica que suele acompañar a las reformas escolares, nos pone en guardia frente a las delimitaciones y clasificaciones históricas que establecen compartimentos temporales e ideológicos estancos y homogéneos, pues pueden ser fuente de prejuicio y error.

Uno de los elementos más distintivos de la cultura escolar, en torno al cual gira cotidianamente la experiencia de la escolaridad, es, sin duda, el libro de texto: artefacto esencial de la cultura material de la escuela y una referencia ineludible de su cultura empírica, incluso en la era digital (Escolano, 2007, 2009, 2016; López, 2007; Munakata, 2016). Para nuestro estudio, no obstante, representan más bien una fuente y una vía a través de la cual investigar la experiencia lectora y, en términos más generales, la educación literaria en las escuelas. En este sentido, nuestro objetivo se centra en el estudio de la presencia en los manuales de Juan Ramón Jiménez y su obra, fundamentalmente de *Platero y yo*, en un periodo de tiempo. Ciertamente es que se trata de un periodo histórico circunscrito, pero de una gran relevancia para nuestros propósitos, pues en él nacieron y se desarrollaron, hasta convertirse en típicos y tópicos, algunos atributos, juicios y valoraciones asignados a Juan Ramón Jiménez y su obra poética, y, característicamente, a *Platero*.

El material revisado ha sido abundante y diverso, en torno a 1.800 manuales procedentes en su inmensa mayoría del Centro Internacional de la Cultura Escolar (CEINCE), desde la educación primaria hasta el bachillerato. Se encontraron rastros de Juan Ramón Jiménez en unos 200 de ellos, que abarcan un arco temporal que va desde 1927 hasta 1969. Se les aplicaron, a continuación, ciertos criterios selectivos, de modo que quedara un conjunto suficientemente significativo para el periodo considerado y permitiera, en consecuencia, un análisis global y básico, que es el que en este artículo presentamos valiéndonos de una serie de casos prototípicos.

Al comparar los textos y los paratextos, es decir, las ilustraciones, las actividades didácticas y otros ingredientes complementarios, observamos una gran variedad de intenciones, contenidos, diseños y estilos, así como ciertas regularidades y también ciertos elementos relativamente inesperados. Como otras obras literarias, *Platero*, en forma de uno o más capítulos o, simplemente, párrafos de capítulos, ha estado presente en la escuela española sobre todo en dos tipos de manuales: en libros de lectura escolar (selecciones, antologías, florilegios) y en libros de texto de lengua y literatura.

El volumen de libros de texto en los que se puede encontrar capítulos de *Platero* o poemas de Juan Ramón Jiménez, tiene que ver, en principio, con factores económicos, sociales e incluso tecnológicos. En ese sentido, el aumento exponencial de manuales escolares, en número, diversidad y calidad editorial, que empezó a hacerse visible en España a partir de la década de los sesenta, contrasta mucho con la escasez y precariedad de las décadas anteriores. Pero hay otros factores a tener en cuenta, como son los de orden ideológico o político y, específicamente, político-educativos (Martens y Soto, 2012), que cualquiera puede adivinar, teniendo en cuenta que Juan Ramón se manifestó abiertamente a favor de la República y vivió exiliado desde 1936 hasta su muerte, acontecida en Puerto Rico en 1958.

Juan Ramón Jiménez aparece raramente en los manuales escolares antes de 1931, cuando ya era un poeta consagrado y *Platero*, un libro popular y admirado. En cualquier caso, son muchos los manuales escolares de los años 30 y 40 que no citan ni a Juan Ramón ni a sus contemporáneos. En parte porque las casas editoras eran contadas y la renovación de los manuales, muy limitada. Tampoco hay que olvidar que la censura eclesíastica fue de aplicación general en ciertos periodos y, desde luego, obligatoria para las escuelas católicas. A este control religioso habría que sumar otras reglas y condicionantes de signo pedagógico y político y, desde luego, las predilecciones literarias de los autores de los manuales y sus editoriales (Escolano, 1997, 1998).

Juan Ramón, *Platero* y también su poesía tienen una presencia apreciable, aunque no generalizada, entre 1931 y 1936, durante la II República, y prácticamente desaparece durante el periodo bélico (1936-1939), sobre todo en la zona llamada nacional. Por otra parte, en ese trienio debió reducirse significativamente el volumen de la producción de nuevos manuales. En la década de los 40, sobre todo en historias de la literatura, Juan Ramón Jiménez está presente, aunque irregularmente y con una relevancia limitada. Se mantiene esa misma tónica en la primera mitad de los 50 y aumenta cuantiosamente en la segunda, sobre todo en los años finales (del 58 al 60), a raíz del Premio Nobel, que le fue concedido en 1956. Y tiene una gran presencia a partir de entonces, principalmente en la segunda mitad de la década de los sesenta, cuando se va atenuando la presión ideológica del régimen, se suceden reformas que preceden a la Ley General de Educación, aumenta la producción editorial y mejora la calidad gráfica.

Platero y yo: claves de su lectura pedagógica en el periodo 1930-1970

Juan Ramón Jiménez, su vida y obra, en los manuales

En los libros de lectura, e incluso en los manuales de lengua y literatura, no es raro encontrar una combinación de textos de *Platero* y algunos poemas de Juan Ramón Jiménez muy recurrentes por ser, supuestamente, los más apropiados para los niños. También es más o menos usual que los textos vayan acompañados de reseñas biográficas, en las que suelen destacarse los valores poéticos de la obra juanramoniana, pero en las que también se dejan caer comentarios y juicios más o menos fundamentados. Veamos y comparemos una serie de casos de décadas distintas, seleccionados deliberadamente para que recojan los discursos más comunes sobre el poeta de Moguer.

Primero, uno extraído de una *Historia de la literatura castellana* de 1933 de la editorial Araluce, en la que se caracteriza su perfil como poeta con una cierta ironía no muy bien inten-

cionada, calificándolo (y no es insólita esta apreciación) de “elegíaco y sentimental poeta, siempre quejumbroso...” (Mejía, 1933, p. 266).

Veamos ahora varias referencias de la década de los 40. La primera procede de una antología de textos de los jesuitas Francisco Torres y Justo Collantes, publicada en 1941, en la que primero encomian la trayectoria poética de Juan Ramón Jiménez y acaban con este piadoso reproche: “Sus ideas religiosas no son, por desgracia, las que deberían animar su vida” (Torres y Collantes, 1941, p. 263). Como se recordará, Juan Ramón Jiménez fue alumno de un colegio jesuita del Puerto de Santa María.

El caso de Ezequiel Solana (1863-1931) merece ser destacado. Solana fue, entre otras muchas cosas, un pródigo autor de manuales escolares y un hombre plenamente identificado con el catolicismo más tradicional. En su *Gramática y Literatura* (corregida y actualizada por sus herederos y reeditada en la editorial Escuela Española, en 1941) se incluye una breve biografía de Juan Ramón Jiménez, en la que airea su crítica moral a la poesía española contemporánea y, específicamente, a la posición poética de Juan Ramón: “Su nota esencial es un subjetivismo aislado de cuanto le rodea; sus obras parecen incompletas y ese vacío que se nota lo tiene que llenar el lector” (Solana, 1941, p. 281).

El manual de Rogerio Sánchez (1944, 8ª edición) es también digno de mención. Se trata de *Historia de la lengua y la literatura* para Bachillerato Superior y Magisterio, muy reeditada y difundida, que incluye, inesperadamente por la fecha, referencias a autores como Valle Inclán, pero también, aunque muy brevemente, a algunos de la Generación del 27, como Pedro Salinas y Federico García Lorca, entre otros. A Juan Ramón Jiménez le dedica una semblanza correcta de su obra hasta 1917; también unos comentarios biográficos que hablan por sí solos y rozan el desdén (Rogerio, 1944, p. 708):

Hemos advertido que su nota esencial es un subjetivismo aislado de cuanto le rodea; la realidad es su yo, no para imponerle a los demás, sino para crear su

mundo. Y acaso pueda decir que lo consiguió; mas su insatisfacción, el eterno anhelar lo aún no logrado, ¿no podrá ser consecuencia de la ausencia de objeto digno de entregarse a él?

Curiosamente, esta imagen solipsista, egocéntrica, ajena a todo compromiso social o político, ha prosperado y es corriente en manuales de diversas épocas y autores y, lo que es más grave, se ha convertido en una especie de estereotipo que, unido al de su personalidad enfermiza, ha pervivido largo tiempo y ha dejado secuelas. A Juan Ramón Jiménez le llovieron entre los intelectuales y escritores coetáneos -y le han seguido lloviendo incluso hasta nuestros días- calificativos calumniosos de exquisito, aristocrático, encerrado egoístamente en su mundo, incluso cosas peores. El Premio Nobel de 1956 y el tiempo fueron disipando o atenuando muchas de estas críticas, injustas cuando no excesivas, sobre la personalidad y la actitud del poeta, y los autores se fueron centrando más en sus méritos literarios, aunque no en todos los casos.

En una *Historia de la Literatura* de la Editorial Luis Vives, publicada en 1958 y reeditada idénticamente en 1966, aparece una breve biografía de Juan Ramón en la que, tras algunas frases laudatorias sobre su significación literaria, llaman la atención ciertos juicios sobre su concepción religiosa, su personalidad y su talante ante la vida. Aunque se trate de algunos de los lugares comunes más extendidos sobre el poeta, el autor o autores anónimos del manual les añaden, con manifiesto disgusto e inquina, sus propias y despiadadas invectivas contra el poeta y su obra (Edelvives, 1966, p. 441):

Se diría que el poeta ha hecho de la poesía un dios a quien adora y rinde culto. Es la obsesión de su existencia. Pero su fervor es profundamente panteísta. Habla de Dios, pero un Dios que nada tiene que ver con el Dios personal y cristiano que él amó de niño. Fue, en fin, un poeta de sensibilidad extraordinaria, pero un tanto blanda y enfermiza. Falta, por otra parte, en su extensa producción, el sentimiento humanitario. Vive encerrado en su torre de marfil, despreocupado de los problemas del mundo que le rodea.

En esos mismos años, y con mayor asiduidad a partir de ellos, las reseñas biográficas van adquiriendo poco a poco un carácter más descriptivo y ecuánime. Es el caso de autores tan eminentes y prolíficos como Fernando Correa, Lázaro Carreter y Martín de Riquer. Este último, por ejemplo, en su *Antología de la literatura española: Siglos X-XX* (1958), se ciñe a poner de relieve escuetamente, con ánimo objetivo, sus incontestables valores literarios como poeta lírico, evitando todo tipo de juicio estrictamente personal (Riquer, 1958, p. 262):

Nació en Moguer en 1891 (sic). Sus poemas son de lo más puro y exquisito de la poesía del siglo XX. Juan Ramón representa y resume la transición de la escuela de Rubén a las nuevas tendencias. Arias tristes, La soledad sonora, Diario de un poeta recién casado, Piedra y cielo, etc., cuentan entre sus mejores composiciones. En prosa tiene *Platero y yo*, que es un alarde de perfección lírica del lenguaje. En 1956 le fue concedido el Premio Nobel de literatura.

A partir de este galardón, la presencia de Juan Ramón Jiménez se dispara en los libros de texto, que adoptan, por lo común, un tono muy elogioso para su obra, dejando a un lado, como en el último ejemplo, otras consideraciones biográficas o, en todo caso, mencionándolas como datos de interés para la mejor comprensión de la obra. Esa será la tendencia que irá paulatinamente dominando las referencias al poeta en los manuales escolares de la década de los sesenta, y se convertirá en la tónica de las siguientes.

Platero en los libros escolares

Después de revisar centenares de manuales de diferentes autores, editoriales y años de publicación, el abanico de capítulos de *Platero* que hemos encontrado en el periodo examinado (1929-1969) es corto, poco más de treinta capítulos distintos. Con este número no saldría siquiera un «*Platero menor*» (el de 1914, con 63 capítulos), sino un «*Platero mínimo*». En otras palabras, no hemos hallado rastro de más de cien capítulos de la edición completa de 1917, que contiene 138. El capítulo primero, el popularísimo retrato de *Platero*, es, desde el principio

y hasta hoy, con diferencia, el más reproducido en los manuales escolares. Además de este capítulo, los preferidos³ por los autores de los manuales, aunque a mucha distancia de él, son por orden de frecuencia los siguientes: “Alegría”, “Las Golondrinas”, “Ángelus”, “La carretilla”, “La flor del camino”, “Primavera”, “Susto” y “La púa” (normalmente, con el título de “La espina”). Les siguen “Juegos del anochecer”, “La corona de perejil”, “Carnaval” y “La niña chica”. ¿Qué tienen en común estos capítulos? A veces, cuentan una historia breve, una anécdota feliz; en otros, se trata de un canto optimista y gozoso a la naturaleza; en todos, salvo en contadas excepciones, reina una ingenua alegría, coloreada por los juegos y las sonrisas de los niños.

“En este breve libro, en donde la alegría y la pena, son gemelas...”, escribió Juan Ramón Jiménez en su prólogo a la edición menor de 1914. De los manuales escolares, sin embargo, ha sido borrada o muy atenuada «la pena» que en *Platero y yo* alcanza insistentemente tintes dramáticos, incluso trágicos. De *Platero* forman parte esas impresiones amables (en las que no suele faltar una gota de amargura, muchas veces representada por la muerte), pero en igual, o si cabe, mayor medida, la maldad humana, la pobreza y el desvalimiento de la infancia, la injusticia social y la barbarie. Este «otro» *Platero* ha sido claramente mitigado, postergado, ocultado, apartado de la mayor parte de sus lecturas educativas y, por tanto, de la mayor parte de sus lectores. Sacada de su contexto natural, mutilada, vista sólo de reojo, la obra literaria (compleja, proteica, polisémica) se ha convertido en un artefacto pedagógico simple y uniforme, extraño a ella. En otra cosa.

Haber puesto el énfasis desde un principio en que *Platero* es un libro infantil se ha vuelto no sólo una opinión ampliamente compartida, sino un axioma que persiste y resiste el paso del tiempo, una lectura única y una pesada losa, también. Y todo ello no sólo se vislumbra en los contenidos de los manuales, sino que los mismos autores lo proclaman abiertamente, aunque sus concepciones educativas difieran,

pues, a la postre, para el campo pedagógico, como diría Pierre Bourdieu, *Platero* es un libro esencialmente infantil y escolar.

José María Borrás, por ejemplo, en su curiosa obra *¿Qué debo leer? Guía de lecturas para hombres, mujeres y niños*, publicada en 1931, incluye un capítulo dedicado a “Lecturas infantiles”, en el que, tras hacer un análisis del desarrollo psicológico del niño, recomienda a *Platero y yo* para el tercer periodo (de 13-15 o 16 años de edad), es decir, como lectura para adolescentes.

Por su parte, el pedagogo institucionalista Lorenzo Luzuriaga, en su selección de textos literarios de 1934, recoge varios capítulos de *Platero*, del que dice que: “... es una de las obras de la literatura española contemporánea que más se pueden recomendar para lectura de los niños” (Luzuriaga, 1934, p. 16). A continuación incluye varios capítulos con alteraciones léxicas y sintácticas intencionadas, para hacerlos más legibles a niños de Primaria. En todos los casos, se trata de capítulos amables y alegres en los que suelen tener el protagonismo los niños o los animales: “Platero”, “Alegría”, “Susto”, “La espina” o “Carnaval”.

Haber sido etiquetado como libro para niños ha tenido sus consecuencias. Pero más aún las ha tenido, y más serias, el haberse transformado, con harta frecuencia, en un libro aniñado, es decir, «infantilizado», rozando en ocasiones la caricatura. Y esto es más que visible si reparamos, como ya hemos hecho, en los capítulos preferentemente elegidos, en las adaptaciones a las que a veces han sido sometidos, en las ilustraciones que los acompañan, y en el nivel educativo y la edad a los que algunos manuales van dirigidos.

En no pocos casos, se trivializa la historia de *Platero* o se usa su argumento para fines inopinados y pintorescos. Así, en las *Lecturas Escolares* de la Editorial Miñón de 1969, se resume el libro de esta manera, un tanto simplona: “En dicha obra, el autor habla con Platero, que es un pequeño burro ‘peludo y suave’, y va contando con belleza poética todas sus correrías e impre-

siones por el campo” (Álvarez y Herrero, 1969, p. 8). En las *Narraciones campesinas* publicadas por Magisterio Español en 1935, su autor, Rodelgo Lillo, se vale de *Platero* para encomiar la vida en el campo español de los años treinta y avivar el orgullo de sus habitantes.

Asimismo, vale la pena citar la selección de prosistas castellanos de José Demuro (1929), que recoge comentarios muy pintorescos sobre el capítulo III, “Juegos del Anochecer”. Es este un tipo de capítulo al que, por su crítica social y dramatismo, recurren raramente los editores de manuales. El capítulo finaliza con esta exhortación del poeta: “¡Sí, sí! ¡Cantad, soñad, niños pobres! Pronto, al amanecer vuestra adolescencia, la primavera os asustará, como un mendigo enmascarado de invierno...” (Jiménez, 2015, p. 11). Para nuestra sorpresa la lectura que aconseja el manual es, paradójicamente, otra muy distinta, casi antagónica (Demuro, 1929, p. 22):

Este poema escrito en prosa, en admirable síntesis, es un fino terciopelo, cuya urdimbre es la melancolía (la del autor) y la trama la alegría santa (la de los protagonistas) de los niños todos. ¿Serías capaz, lectorcita amiga, de decirnos cuáles son los rasgos tristes y cuáles los alegres del anterior capítulo de *Platero y yo*, ese gran libro para los pequeños? Pero inmediatamente después de hacer este análisis, recuerda lo que decíamos en la página 18, respecto a que la alegría es una necesidad, y repite con el ilustre poeta Juan Ramón Jiménez: “Cantad, soñad, niños pobres, que el cantar y el soñar es propio de las almas buenas, sanas y fuertes”.

El autor del manual reinterpreta el texto de Juan Ramón Jiménez de modo que resulte una lectura «más adecuada» para la infancia, dulce e inocua. Y, para lograrlo, llega a reescribir (literalmente) un fragmento e invertir el sentido del capítulo, que es un texto de denuncia social y de compasiva tristeza, de modo que prevalezca la alegría como valor moral superior, una alegría que, para el poeta, era puramente ilusoria.

No vamos a detenernos –rebasaría la intención de este trabajo– en aquellas presencias estrictamente instrumentales de *Platero* en los

libros escolares. En los casos más extremos, llega a perder su condición literaria y su función de acicate para la formación lectora de los niños. El texto se vuelve pretexto para aprender ortografía, gramática o incluso zoología elemental. Una prueba muy elocuente es el brevísimo fragmento del capítulo 1 que contiene la *Nueva Enciclopedia Escolar* de Martí Alpera (1935), publicada en sucesivas ediciones desde 1931 por la editorial burgalesa Hijos de Santiago Rodríguez. En la lección 35, “El Adverbio”, se puede ver un dibujito de *Platero* a una tinta, junto a un brevísimo extracto del capítulo 1 del libro, en el que simplemente hay que descubrir y subrayar ciertos elementos morfológicos. *Platero*, lejos de Moguer, trotando entre adverbios y preposiciones... Este es, como decíamos, un caso extremo, pero tal tendencia a desproveer de sentido narrativo a los textos literarios, desguazándolos para fines didácticos, menudea en los libros escolares y, como cabe imaginar, no parece que ayude a promover la afición a la literatura ni provoque deleite alguno a un lector en ciernes.

Por último, otro factor a considerar para elucidar el significado que adquiere un texto literario al volverse parte de un manual es el propio contexto, es decir, con qué o con quién comparte escena. Centrémonos en esto último. Los textos de Juan Ramón Jiménez, dependiendo de la época, han tenido unas u otras compañías, a algunas de las cuales, de haberlo sabido el autor, las habría recusado destempladamente. Hay muchos ejemplos posibles.

Empecemos por el de un libro de 1959 de *Lengua española y literatura*, publicado por la Compañía Bibliográfica Española para primero de Bachillerato, en el que un capítulo de *Platero*, “Ángelus”, está respectivamente precedido y seguido por lecturas de Santa Teresa y Tagore. Acudiendo a tres escritores de indiscutible altura y, además, situándolos contiguamente, el autor del manual probablemente procuraba avalar y transmitir ciertos sentimientos religiosos y espirituales, desde una óptica ideológica nacional-católica. De la misma década, aunque hay ediciones anteriores, es *Amenidades*, un libro

de lectura de Antonio Fernández (1955) para Enseñanza Primaria, en el que aparece el poema de Juan Ramón “Lo que vos queráis Señor”, usado con cierta regularidad en las antologías escolares de esos años como arquetipo de poema religioso. En esta ocasión este poema se ve escoltado, en la página lindante, por un soneto “Al Generalísimo Franco” de un poeta extremeño casi desconocido. Contrasta con estos ejemplos, especialmente con el último, el de una *Antología de prosistas modernos* de Regalado, publicada en 1935. En ella se recogen dos poemas «típicamente escolares» de Juan Ramón Jiménez (“Los niños tenían miedo” y “Verde verderol”) y una biografía muy actualizada. A su alrededor se congregan, entre otros, prosistas de la entidad de Clarín, Emilia Pardo Bazán, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Ramón Gómez de la Serna o Pío Baroja; poetas clásicos como Fray Luis de León o Góngora, y contemporáneos como Bécquer, Rubén Darío, los Machado, Federico García Lorca, etc. Al transfigurarse en tesela de un libro escolar de lecturas, un texto entra a formar parte de un mosaico de textos sucesivos que el autor del manual pretende que compongan, en lo posible, una secuencia narrativa con una intencionalidad educativa. La elección de autores y textos es crucial, pero también lo es su orden y su agrupamiento. El sentido de un capítulo o un fragmento de una obra literaria, puede verse condicionado, alterado más o menos significativamente e incluso predeterminado, en este nuevo entorno narrativo.

Consideraciones finales

Con estos y otros ejemplos, hemos querido ir sugiriendo algunas respuestas a las preguntas que en su momento nos hicimos: ¿Qué sucede cuando una obra creativa se transforma en un objeto pedagógico? ¿Qué clase de *Platero* es el *Platero* que habita los libros escolares? ¿Qué *Platero* es el *Platero* que ha ido a la escuela y ha quedado varado en nuestro imaginario?

Tras acercarnos a las andanzas de este libro en las escuelas españolas durante una buena parte del siglo XX, es decir, a su representación

educativa, hemos puesto sobre el tapete algunas operaciones pedagógicas ordinariamente empleadas en la producción de los manuales escolares. Junto a fines explícitamente instructivos, estas operaciones persiguen también la consecución de otros fines, la transmisión de otras orientaciones y otros principios (morales, estéticos, políticos). De ellas resulta una traducción de la obra de arte, una especie de relectura y reescritura educativa de un texto. Como en toda traducción, también en esta se producen interferencias, variaciones y distorsiones que, en ocasiones, pueden llegar a encorsetar y, por ende, a desnaturalizar la obra original y a quien la concibió y escribió. El maestro actúa como traductor, es decir, como mediador activo que propone y guía una determinada lectura, según algunos de esos propósitos o de otros ni siquiera manifiestos.

Hemos ido viendo algunos de los efectos que la escolarización de *Platero y yo* ha producido en la obra y en su interpretación, algunos de los cuales han arraigado, arrojando una imagen parcial, reducida y hasta desfigurada del libro. Sobre *Platero* penden toneladas de apelativos, discursos simplistas e imágenes canónicas, incluso canonizadas por la tradición, que dificultan, cuando no impiden, el encuentro libre entre el lector y el texto, el disfrute de la lectura como ejercicio abierto, liberado de prescripciones o prejuicios. Gran parte de *Platero* duerme en el olvido. Y lo que es aún peor, acosado por los tópicos puede llegar a verse olvidado, menospreciado por ciertos autores de manuales de ahora que, sin advertirlo o por esnobismo, han caído en la trampa y dan crédito a esas etiquetas tan superficiales.

Platero espera una lectura que lo abra de par en par, que lo desvele; una lectura que lo saque de la cárcel «infantilona» y escolar en la que lo hemos encerrado, parece que a perpetuidad. Para nosotros, esa lectura que ha de desatarlo y devolverle su significado inefable, ha de ser una lectura aventurera, ingenua, curiosa, imprevisible, como la que Luis Cernuda reclamaba para el *Quijote*.

Cerrillo (2013), aun reconociendo las arbitrariedades que se suelen cometer al establecer un “canon escolar” de lecturas literarias y los problemas que entraña tal selección, es sin embargo partidario de disponer de uno, diferenciado según niveles escolares. Y añade (Cerrillo, 2013, pp. 26-27): “Debe ser un canon amplio, generoso, variado en géneros, corrientes y tendencias, y constituido por obras de indiscutible relevancia literaria”, con las que desarrollar una buena competencia literaria, evitando la «instrumentalización» de los textos, un mal endémico, afincado en la cultura escolar, que arruina el gozo de la lectura. Es emocionante la defensa que Cécil Ladjali hace, en su celebrado diálogo con George Steiner (2005), del derecho de sus alumnos de un colegio de los suburbios de París a leer a los clásicos de la literatura francesa, tan aparentemente ajenos a su espacio vital y a sus inquietudes. “El profesor –escribe Ladjali (2005, p. 37)- ha de sacar al alumno de su mundo, conducirlo hasta donde no habría llegado nunca sin su ayuda, y traspasarle un poco de su alma...”. Pero esta operación no está exenta de riesgos. Por eso, para que una lectura no “quede capturada por una pedagogía, por unas reglas...”, sean del tipo que sean, es menester, como dice Mèlich (2015, pp. 13-16), que el maestro ofrezca al discípulo “su propia lectura (...), cómo ha leído, cómo ha interpretado, cómo ha convertido su lectura en experiencia vivida (...). Una lectura que lo interpele, que lo interroge, que lo lance hacia delante, hacia lo nuevo, hacia lo desconocido”. Acaso, y en cierto sentido, una lectura antipedagógica (González-Faraco, 2010).

Notas

1 Esta particularidad ortográfica (el cambio de *g* por *j*) es una constante en la obra de Juan Ramón Jiménez. Algo más adelante puede verse otro ejemplo similar.

2 La desproporción entre el capítulo 1 y el resto de capítulos de *Platero* es abrumadora. Del total de citas recogidas (entendidas como capítulos completos o fragmentos que aparecen en los manuales), más de un 80% corresponde a este capítulo. En torno al 20% se concentra fundamentalmente en los 12 capítulos citados a continuación en el artículo, en el orden en que están citados (su número de apariciones oscila entre 3 y 10). Resta, dentro de ese porcentaje, un ramillete de 17 capítulos solo ocasionalmente

presentes en los manuales, con una o dos apariciones como media.

Referencias

- Álvarez, A., & Herrero, C. (1969). *Lecturas escolares. Quinto curso*. Valladolid: Miñón.
- Alpera, M. (1935). *Nueva Enciclopedia Escolar. Grado Segundo*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez.
- Borrás, J. M. (1931). *¿Qué debo leer? Guía de lecturas para hombres, mujeres y niños*. Barcelona: Sociedad General de Publicaciones.
- Cerrillo, P. C. (2013). Canon literario, canon escolar y canon oculto. *Quaderns de Filologia. Estudis literaris*, 18, 17-31.
- Compañía Bibliográfica Española (1959). *Lengua Española. Textos E.P.* Madrid: Compañía Bibliográfica Española.
- Demuro, J. (1929). *Selección de Prosistas Castellanos. Libro de lectura y de iniciación al estudio del idioma*. Madrid: Juan Ortiz Editor.
- Dussel, I. (2013). The Assembling of Schooling. Discussing concepts and models for understanding the historical production of modern schooling. *European Educational Research Journal*, 12(2), 176-189. doi: <https://doi.org/10.2304/eej.2013.12.2.176>
- Edelvives (1966). *Historia de la Literatura*. Zaragoza: Editorial Luis Vives - Edelvives.
- Escolano, A. (Dir.) (1997). *Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Escolano, A. (Dir.) (1998). *Historia ilustrada del libro escolar en España: de la posguerra a la reforma educativa*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Escolano, A. (2007). La cultura material de la escuela. En A. Escolano (Coord.), *La cultura material de la escuela* (pp. 15-27). Berlanga de Duero: CEINCE.
- Escolano, A. (2009). El manual escolar y la cultura profesional de los docentes. *Tendencias pedagógicas*, 14, 169-180.
- Escolano, A. (2016). *La cultura empirica della scuola. Esperienza, memoria, archeologia*. Ferrara: Volta la Carta.
- Fernández, A. (1955) *Amenidades*. Palencia: Ediciones Selección.
- González-Faraco, J. C. (2010). *Lecturas educativas del Quijote. Textos e iconografía escolar*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jiménez, J. R. (1932). *Poesía en prosa y en verso (1902-1932) de Juan Ramón Jiménez escojida para los niños por Zenobia Camprubí Aymar*. Madrid: Signo.
- Jiménez, J. R. (2015). *Platero y yo (Elegía andaluza)*. Sevilla: Facediciones.
- López, A. (2007). Libros de texto y profesionalidad docente. *Avances en Supervisión Educativa*, 6, 1-13.
- Luzuriaga, L. (1934). *El libro del idioma. Lecturas literarias*. Barcelona: I. G. Seix y Barral Hnos.
- Martens, H., & Soto, J. (2012). La ideología franquista en clase de Lengua y Literatura: el caso de Adolfo Maíllo. *Ocnos*, 8, 49-56. http://dx.doi.org/10.18239/ocnos_2012.08.04
- Mejía, A. (1933). *Historia de la literatura castellana. Estudio crítico que comprende la literatura hispano-americana*. Barcelona: Araluce.
- Mèlich, J. C. (2015). *La lectura como plegaria. Fragmentos filosóficos I*. Barcelona: Fragmenta.
- Munakata, K. (2016). Livro didático como indício da cultura escolar. *Historia da Educação*, 20(50), 119-138.
- Navarrete, A. M. (2017). *Platero y yo: un siglo de adaptaciones para niños*. En S. González, & E. Navarro (Eds.), *Cien años de Platero y yo (1914-2014)* (pp. 43-64). Huelva: Universidad de Huelva.
- Rodelgo, L. (1935). *Narraciones campesinas. Curso de lecturas rurales y agrícolas II*. Madrid: Magisterio Español.
- Regalado, A. (1935). *Antología de prosistas modernos*. Madrid: Martín de los Heros.
- Riquer, M. (1958). *Antología de la literatura española: Siglos X-XX*. Barcelona: Editorial Teide.
- Rogero, J. (1944). *Historia de la lengua y literatura Española*. Ávila: Editorial Senén Martín Díaz.
- Solana, E. (1941). *Gramática y Literatura*. Madrid: Editorial Escuela Española.
- Steiner, G., & Ladjali, C. (2005). *Elogio de la transmisión. Maestro y alumno*. Madrid: Siruela.
- Torres, F., & Collantes, J. (1941). *Antología analítica de textos castellanos. Tercer curso*. Cádiz: Imprenta Cerón.
- Urrutia, J. (1997). Introducción. En J. R. Jiménez, *Platero y yo* (pp. 7-59). Madrid: Biblioteca Nueva.